



DONDE EL RÍO SE BIFURCA

LA PRECUELA

EDITORIAL DARYA

El sonido del despertador rompió el silencio de la habitación. Alba abrió los ojos lentamente, sintiendo el peso de otro día que comenzaba igual que el anterior. La luz tenue del amanecer se filtraba a través de las cortinas, dibujando líneas irregulares en las paredes. A su lado, Iván dormía profundamente, con el rostro relajado y una mano descansando sobre su pecho. Alba lo observó por un momento, sintiendo una mezcla de amor y envidia. Iván siempre parecía tan seguro de sí mismo, tan en paz con el mundo. Ella, en cambio, llevaba años luchando contra una sensación de insatisfacción que no lograba sacudirse.

Se levantó con cuidado para no despertarlo y caminó descalza hasta la cocina. Se preparó el Colacao mientras revisaba mentalmente su agenda del día. Una reunión con su cap d'Estudis, un almuerzo con una compañera de trabajo que siempre la interrumpía, y una lista interminable de tareas que no había pedido hacer, pero que había aceptado porque, como siempre, le costaba decir que no. Alba suspiró. Era una rutina que conocía demasiado bien, una rutina que la hacía sentir atrapada en una vida que no era realmente suya.

Mientras bebía el Colacao, su mirada se detuvo en una fotografía enmarcada sobre la encimera. Era de hacía un par de años, cuando ella e Iván habían hecho un viaje a Noruega. En la imagen, Alba sonreía tímidamente, con el pelo rizado cayendo en cascada sobre sus hombros, mientras Iván la abrazaba con fuerza. Recordaba cómo él siempre encontraba la manera de hacerla reír, cómo la animaba a salir de su zona de confort. Pero incluso con Iván a su lado, Alba no podía evitar

sentir que algo en su interior estaba roto, como si una parte de ella estuviera atrapada en el pasado.

Iván apareció en la puerta de la cocina, despeinado y con una sonrisa somnolienta. Llevaba una camiseta vieja y unos pantalones de pijama que le quedaban un poco grandes, pero para Alba, seguía siendo el hombre más atractivo del mundo.

—¿Ya estás despierta? —preguntó, acercándose para besarla en la frente—. ¿Otra vez pensando demasiado?

Alba sonrió débilmente y negó con la cabeza, aunque sabía que Iván la conocía demasiado bien como para creerle.

—Solo estaba organizando mi día —respondió, intentando sonar despreocupada.

Iván la miró con esa mezcla de ternura y preocupación que siempre la desarmaba. Sabía que él quería ayudarla, pero también sabía que sus inseguridades no eran algo que pudiera resolver con palabras bonitas o gestos amables. Era algo que tenía que enfrentar sola.

—Recuerda que no tienes que cargar con todo tú sola —dijo Iván, como si hubiera leído sus pensamientos—. Si algo te molesta, dilo. Si algo no quieres hacer, no lo hagas. No tienes que demostrarle nada a nadie.

Alba asintió, aunque en el fondo sabía que no era tan fácil. Había pasado toda su vida intentando complacer a los demás, evitando el conflicto a toda costa. Decir "no" le parecía una tarea titánica, y enfrentarse a sus propios miedos era aún más difícil.

Iván la abrazó por detrás, apoyando la barbilla en su hombro.

—Eres más fuerte de lo que crees, Alba. Solo tienes que darte cuenta.

Ella cerró los ojos, dejando que el calor de su abrazo la envolviera. Quería creerle, quería pensar que podía cambiar, pero una parte de ella seguía atrapada en las sombras de su propia inseguridad.

Esa tarde, Alba caminaba por los pasillos de la universidad, cargando con un par de libros que había cogido prestados de la biblioteca y que tenía curiosidad por leer. Sus clases habían terminado hacía una hora, pero no tenía prisa por volver a casa. Siempre encontraba algo que hacer, alguna excusa para quedarse un poco más y no enfrentarse al mismo cansancio de siempre. Ese día, sin embargo, algo llamó su atención.

Al pasar frente al pequeño laboratorio del profesor Morales, notó que la puerta estaba entreabierta y que una extraña luz azulada parpadeaba desde el interior. Alba frunció el ceño. No era habitual que Morales, el profesor de física cuántica, dejara la puerta abierta. Siempre había sido un hombre reservado, casi hermético con sus proyectos. La curiosidad pudo más que la prudencia, y Alba empujó la puerta con suavidad.

—¿Profesor Morales? —preguntó, asomándose.

Al entrar, lo vio inclinado sobre una máquina pequeña, del tamaño de una caja de zapatos, que emitía un leve zumbido. Dos haces de energía eléctrica, como finos rayos azulados, se extendían desde dos extremos opuestos de la máquina,

vibrando en el aire hasta encontrarse en el centro, donde parecían fusionarse en un punto de luz parpadeante. Alba nunca había visto algo así, y por un momento se quedó sin palabras.

El profesor Morales levantó la vista al escucharla entrar. Era un hombre de mediana edad, con el cabello alborotado y unas gafas que siempre estaban a punto de caérsele. Parecía exhausto, pero sus ojos brillaban con la emoción de alguien que estaba al borde de un descubrimiento.

—Ah, Alba. No deberías estar aquí —dijo, aunque su tono no era del todo firme. Más bien parecía nervioso.

—¿Qué es eso? —preguntó Alba, acercándose con cautela.

Morales dudó un instante, pero finalmente suspiró y se enderezó, como si necesitara compartir su hallazgo con alguien, aunque no quisiera admitirlo.

—No estoy seguro —comenzó, observando la máquina con una mezcla de fascinación y temor—. La encontré en el almacén de equipos viejos de la universidad. No tiene manual, ni marcas, ni registros sobre quién la diseñó o para qué sirve. Pero cuando la activé... sucedió esto.

Señaló los haces de energía que se entrelazaban en el aire. Alba se inclinó un poco más para observarlos, sintiendo un leve cosquilleo en la piel, como si la energía que desprendían vibrara en el ambiente.

—Parece... electricidad —dijo ella, aunque sabía que no era solo eso.

—No exactamente —respondió Morales, ajustándose las gafas—. Es algo mucho más complejo. He estado estudiándola durante semanas, y lo único que puedo intuir es que esto podría ser un caso de entrelazamiento temporal.

Alba lo miró, confundida.

—¿Entrela... qué?

Morales sonrió levemente. Le encantaba explicar conceptos como este, aunque no siempre tuviera un público dispuesto a escucharlo.

—En física cuántica existe el entrelazamiento. Es un fenómeno en el que dos partículas están tan conectadas que lo que le sucede a una afecta instantáneamente a la otra, sin importar la distancia que las separe. Es como si compartieran la misma existencia. Ahora, imagina que eso no solo ocurre en el espacio, sino también en el tiempo. Es decir, que dos momentos diferentes podrían estar conectados de forma similar. Si tienes el punto correcto en el presente y en el pasado, podrías... —se detuvo, como si no quisiera decirlo en voz alta—. Podrías interactuar con ambos al mismo tiempo.

Alba sintió un escalofrío. La idea le parecía tan fascinante como aterradora.

—¿Entonces esta máquina... conecta momentos en el tiempo? —preguntó, acercándose un poco más.

—Es solo una teoría —respondió Morales rápidamente, nervioso—. No sabemos qué es en realidad. Solo sé que estas energías aquí —señaló los haces de luz azul que se

entrelazaban— parecen sincronizarse de una manera que nunca antes había visto. Es como si estuvieran... comunicándose. Pero no sabemos qué podría pasar si las alteramos.

Alba no podía apartar los ojos de la máquina. Había algo hipnótico en esos rayos de luz, algo que parecía resonar dentro de ella, como si la atrajeran de forma inexplicable.

—¿Puedo tocarla? —preguntó de repente, sin pensarlo.

—¡No! —exclamó Morales, dando un paso hacia ella—. No sabemos qué podría pasar. Esto no es un juego, Alba. Podría ser peligroso. Incluso si mi teoría es correcta, interactuar con estas energías podría...

Pero Alba no escuchó el resto. Alba, mientras el profesor Morales le estaba explicando para que servía la máquina, Alba ya había decidido probar suerte. Quizá era el momento idóneo para ir al pasado para poder ser más feliz en el presente.

Había algo en la máquina que la llamaba, algo que no podía ignorar. Antes de que Morales pudiera detenerla, extendió la mano y tocó el punto donde los rayos de energía se entrelazaban.

El contacto fue instantáneo. Una corriente cálida recorrió su brazo y luego todo su cuerpo, como si el aire mismo se electrificara a su alrededor. Sintió un vértigo repentino, como si el suelo desapareciera bajo sus pies, y el mundo se volvió un torbellino de colores y luces. La voz de Morales quedó atrás,

ahogada por un zumbido ensordecedor que parecía venir de todas partes y de ninguna al mismo tiempo.

Y entonces, todo se detuvo.

Cuando Alba abrió los ojos, tardó unos segundos en reconocer dónde estaba. Era su habitación, pero no la habitación que había dejado esa mañana, sino la habitación de casa de sus padres. Las paredes eran de colores, un collage de fotos con amigos y una hoja de papel en la que había escrito "Metas para este año". Los muebles eran más sencillos, la cama más pequeña, y su escritorio estaba desbordado con libros de texto y cuadernos llenos de garabatos y fotos de Rebelde. Todo era tan familiar que sintió un nudo en el estómago.

Alba se levantó lentamente y caminó hacia el espejo de cuerpo entero que colgaba en la pared. Su reflejo la dejó sin aliento. Era ella, pero no como se había visto esa mañana. Su rostro era más joven, su cabello y extensiones caían libremente sobre sus hombros, y llevaba puesta una camiseta que recordaba haber tirado hacía años. Había vuelto a su yo de 18 años.

El sonido de su viejo teléfono móvil la sobresaltó. Era un modelo antiguo, más pesado y con teclas físicas: Blackberry. Lo tomó con manos temblorosas y vio el nombre en la pantalla: Eva. Su corazón dio un vuelco. Eva había sido una de sus mejores amigas en esa época, pero también una fuente de sufrimiento. Recordaba perfectamente cómo su amistad con Eva y el resto del grupo había terminado de forma dolorosa,

dejando cicatrices emocionales que aún no había sanado del todo.

—¿Alba? —dijo la voz de Eva al otro lado de la línea cuando contestó—. ¿Vas a venir esta tarde? Lucía me dijo que te pasáramos a buscar a las cinco.

Alba titubeó. Sabía exactamente a qué tarde se refería. Era el día en que todo comenzó a desmoronarse. Había aceptado ir con sus amigas a un plan que no quería hacer y, durante el transcurso de la tarde, habían surgido tensiones que terminaron explotando semanas después, rompiendo la amistad.

Pero ahora tenía una oportunidad. Podía cambiarlo todo.

—Sí, claro —respondió Alba, tratando de contener su nerviosismo—. Nos vemos luego.

Alba caminaba junto a Eva y Lucía por la calle principal del centro, con la brisa de la tarde acariciando sus rostros. Eva iba delante, hablando sin parar mientras gesticulaba emocionada, y Lucía asentía de vez en cuando, aunque parecía más concentrada en revisar su móvil. Alba, en cambio, permanecía en silencio, escuchándolas, pero sin participar mucho en la conversación.

—Venga, Alba, ¿qué te pasa? —preguntó Eva, girándose hacia ella con una sonrisa burlona—. ¡Llevas como diez minutos callada! ¿O es que ya estás pensando en el prota buenorro de la peli?

Lucía soltó una carcajada, pero Alba apenas sonrió. Habían quedado para ir al cine a ver una película de acción y ciencia ficción, una saga que ambas amigas adoraban y que llevaban semanas esperando. Pero Alba no. Nunca había sido fan de ese género; le aburrían las explosiones, los tiroteos interminables, y los giros de trama innecesariamente complicados. Aun así, cuando Eva y Lucía le propusieron ir, simplemente había dicho que sí, como siempre hacía. Decir que no le parecía imposible.

Entraron al cine, compraron las entradas y compartieron un enorme cubo de palomitas mientras se dirigían a la sala. Durante las dos horas siguientes, Alba intentó concentrarse en la pantalla, pero le resultaba imposible. Miraba los efectos especiales, las persecuciones, los diálogos llenos de frases cliché, y solo podía pensar en cuánto deseaba estar en casa, leyendo un buen libro o viendo algo que realmente le gustara.

Cuando las luces se encendieron y sus amigas comenzaron a comentar la película con entusiasmo, Alba solo asentía y sonreía de forma automática. Pero algo dentro de ella se removía. Había aceptado venir para no desentonar, para no "ser la rara", pero el precio había sido pasar dos horas aburrida, sintiéndose como una extra en su propia vida. Por primera vez, estaba harta de ceder.

Salieron del cine, y mientras caminaban hacia la salida, Alba sintió que su corazón comenzaba a latir más rápido. Tenía que decirlo. No podía seguir fingiendo. Nunca antes había tenido una conversación seria con ellas, y mucho menos para expresar

algo que no le gustaba, pero esta vez sentía que algo dentro de ella había cambiado.

—Chicas, ¿podemos hablar un momento? —dijo, deteniéndose en seco frente a ellas.

Eva y Lucía se giraron, confundidas. Lucía aún tenía el móvil en la mano, y Eva masticaba las últimas palomitas que quedaban en el cubo.

—¿Hablar? —repitió Eva, arqueando una ceja—. ¿De qué? ¿De lo buena que estaba la peli? Porque, tía, los efectos especiales eran brutales...

—No. No es eso —interrumpió Alba, sorprendiéndose a sí misma por el tono firme de su voz. Las dos se quedaron calladas, mirándola con curiosidad—. Es... otra cosa. Quiero hablar de algo en serio.

Eva y Lucía intercambiaron una mirada, como si no supieran qué esperar. Alba nunca hablaba "en serio". Siempre era la tranquila, la que iba con la corriente, la que nunca causaba problemas.

—A ver, suéltalo, tía —dijo Lucía, cruzándose de brazos con una sonrisa divertida—. ¿Qué pasa?

Alba respiró hondo, tratando de calmar los nervios que sentía. Sabía que si no lo decía ahora, nunca lo haría.

—Quería deciros que... en realidad no me gusta este tipo de películas —comenzó, evitando miraras directamente a los ojos—. Nunca me han gustado. Y acepté venir porque pensé que no importaba, pero... en realidad sí importa.

Eva frunció el ceño.

—¿Qué dices? Pero si a todas nos gustan. Es solo una peli, no pasa nada.

—No, sí pasa —insistió Alba, esta vez levantando la mirada. Su voz era tranquila, pero firme—. Pasa porque nunca digo lo que pienso. Siempre hago lo que vosotras queréis, aunque no me guste, porque no quiero causar problemas. Pero no quiero seguir haciendo eso. No voy a volver a ir al cine a ver una película de este estilo solo porque vosotras queréis.

Un silencio incómodo cayó entre las tres. Eva y Lucía se miraron de nuevo, esta vez con una mezcla de sorpresa y desconcierto. No estaban acostumbradas a ver a Alba así. Para ellas, Alba siempre había sido "la chica fácil", la que aceptaba todo sin rechistar, la que nunca se quejaba.

—Tía, no te rayes, de verdad —dijo Lucía finalmente, aunque su tono era más suave que antes—. Si no te gustan, no pasa nada. Solo pensábamos que sí, porque nunca habías dicho nada.

—Ya, bueno... porque nunca lo decía —respondió Alba, encogiéndose de hombros—. Pero eso va a cambiar. Quiero que las cosas sean diferentes. Quiero que tengáis en cuenta lo que yo también quiero hacer. Y si no os importa, prefiero no venir más al cine si es para ver cosas que no me gustan.

Eva la miró fijamente, como si estuviera evaluándola. Finalmente soltó un suspiro y se encogió de hombros.

—Vale, tía. No hace falta que te pongas así. Si no te molan, pues ya está. No pasa nada.

—Sí, vale, lo hemos pillado —añadió Lucía, aunque su tono era más amable que antes—. Igual podemos ir a ver otra cosa la próxima vez. Algo que te guste más. Pero, joer, dilo antes,

¿no? No tenemos por qué hacer siempre lo que nos gusta a nosotras.

Alba sintió una mezcla de alivio y asombro. No esperaba que reaccionaran tan bien, pero al parecer, su firmeza había tenido un impacto en ellas. Por primera vez, sintió que su voz había sido escuchada.

—Gracias —dijo finalmente, con una pequeña sonrisa.

Siguieron caminando hacia casa, y aunque la conversación volvió a ser relajada, Alba notó que algo había cambiado. Sus amigas ahora estaban más atentas a lo que ella decía, más dispuestas a escucharla. No era un cambio enorme, pero era un comienzo. Y por primera vez, Alba sintió que estaba empezando a tomar el control de su vida. Con el tiempo, el grupo de amigas se fortaleció. Alba logró mantener una relación más sana con ellas, basada en el respeto mutuo y no en la sumisión. Por primera vez, sintió que realmente disfrutaba de su vida social.

Pero eso tenía un precio que Alba aún no había percibido.

Sin embargo, mientras Alba se enfocaba en arreglar su amistad con Eva y Lucía, algo más comenzó a cambiar. Su relación con Iván, que en ese entonces era solo su amigo, empezó a enfriarse.

Iván había sido una presencia constante en su vida durante aquel año: su confidente, su apoyo incondicional, y alguien que siempre la hacía reír cuando más lo necesitaba. Pero en este

nuevo pasado, Alba estaba tan concentrada en mejorar otros aspectos de su vida que, sin darse cuenta, empezó a dejarlo de lado.

Los mensajes entre ellos se volvieron menos frecuentes. Las conversaciones, que antes duraban horas, se redujeron a intercambios superficiales. Iván, que siempre había estado ahí para ella, comenzó a distanciarse, y Alba, en su entusiasmo por su nuevo yo, no se dio cuenta...

...hasta que fue demasiado tarde.

Con el tiempo, la amistad se enfrió por completo. Los encuentros casuales se volvieron incómodos, y finalmente dejaron de hablarse. Alba no sabía exactamente en qué momento sucedió, pero un día se dio cuenta de que Iván ya no formaba parte de su vida. Y, lo que era peor, no había surgido nada más entre ellos. Ese amor que en el presente había nacido entre ambos nunca llegó a florecer.

Fue entonces cuando Alba sintió el peso de sus decisiones. Había arreglado su amistad con Eva y Lucía y aprendido a decir "no", pero en el proceso había perdido algo que ahora entendía que era mucho más importante: la relación con Iván.

Esa noche, a Alba le pasaron todos los momentos felices y bonitos que había tenido al lado de Iván. Un sudor frío empezó a recorrer su frente. Alba empezó a llorar desconsoladamente.

Alba llevaba semanas pensando en la máquina. Desde el momento en que se dio cuenta de que había estropeado su

relación con Iván, su mente no podía dejar de darle vueltas a cómo arreglarlo. Sabía que, si quería volver al presente, necesitaba encontrar esa máquina. Recordaba perfectamente cómo el profesor Morales había hablado de ella en el futuro, de cómo la había encontrado en un rincón olvidado de la universidad, en una sala llena de equipos viejos. Podía visualizar incluso el tono de su voz cuando mencionó ese almacén polvoriento.

Pero había un problema: en este presente, Morales aún no trabajaba en la universidad, y la máquina estaba abandonada, perdida en algún rincón que seguramente nadie recordaba. Alba sabía que la única manera de encontrarla era infiltrándose en el campus por su cuenta.

La idea le parecía tan descabellada como inevitable. Si quería recuperar su vida, no tenía otra opción. Decidió ir de noche, cuando no hubiera estudiantes ni profesores rondando por los pasillos. Sabía que había guardias de seguridad, pero también recordaba que, en el presente, había un rincón del campus que siempre se dejaba sin cerrar. Una esquina del muro trasero que, en su día, no tenía valla. Rezaba para que, 12 años atrás, eso siguiera siendo cierto.

Esa noche, Alba se vistió con ropa oscura: un jersey negro, unos vaqueros ajustados y una mochila pequeña donde llevaba una botella de agua, su móvil y una linterna. Miró el reloj en su habitación. Eran las 11:45 de la noche. Su madre dormía, y la casa estaba en completo silencio. Alba esperó unos minutos

más, asegurándose de que nadie la escuchara, y salió de puntillas por la puerta trasera.

El aire frío de la noche la golpeó al salir a la calle. Caminó rápidamente hacia la estación de metro más cercana, intentando no pensar demasiado en lo que estaba a punto de hacer. Nunca había hecho algo así en su vida. La idea de colarse en la universidad en plena noche la aterraba, pero era su única esperanza.

El metro iba casi vacío. Alba se sentó en un rincón del vagón, abrazando su mochila, mientras el traqueteo del tren llenaba el silencio. Miraba a su alrededor, esperando que nadie se fijara en ella, aunque a esas horas solo había un par de pasajeros más: un hombre mayor que dormitaba en un asiento cercano y una pareja que hablaba en voz baja al fondo del vagón.

Cuando llegó a su parada, salió rápidamente, subiendo las escaleras que llevaban a la superficie. La universidad estaba a unas pocas calles de distancia. Mientras caminaba, sintió cómo el frío de la noche se colaba por su ropa, pero lo que la hacía temblar no era la temperatura, sino los nervios.

Cuando llegó al campus, el lugar estaba completamente oscuro, excepto por algunas luces de seguridad que iluminaban los caminos principales. Alba se detuvo en la esquina de la calle, respirando profundamente mientras estudiaba el lugar. Todo parecía mucho más intimidante de noche. Los edificios, que de día le parecían familiares y acogedores, ahora se alzaban como sombras amenazantes contra el cielo.

Rodeó el perímetro del campus, siguiendo el muro trasero. Se detuvo al llegar a la esquina que recordaba: un rincón donde, en su presente, nunca habían puesto una valla. Encendió la linterna de su móvil, apuntando hacia el lugar. Su corazón dio un vuelco al ver que el muro, efectivamente, seguía sin valla.

—Gracias... —murmuró en voz baja, como si alguien allá arriba la hubiera escuchado.

El muro no era demasiado alto, pero tampoco fácil de escalar. Alba dejó la linterna encendida, apoyándola en el suelo para que iluminara la zona, y buscó algo que pudiera usar para impulsarse. Encontró un par de ladrillos sueltos cerca del muro y los apiló para hacerse un pequeño escalón improvisado. Subió con cuidado, intentando no hacer ruido, y finalmente logró pasar al otro lado.

Cayó al suelo con un leve golpe, pero no se hizo daño. Se quedó inmóvil unos segundos, conteniendo la respiración, escuchando si alguien había oído algo. Todo estaba en silencio, excepto por el leve zumbido de las luces de seguridad en la distancia.

El almacén que buscaba estaba en un edificio al otro lado del campus. Alba avanzó con cautela, manteniéndose en las sombras y apagando la linterna cada vez que llegaba a una zona iluminada. El miedo empezaba a instalarse en su pecho. Cada crujido de las hojas, cada movimiento del viento, le hacía

girarse rápidamente, como si en cualquier momento alguien fuera a aparecer detrás de ella.

Cuando llegó al edificio, las puertas principales estaban cerradas. Alba rodeó el lugar, buscando otra entrada. Finalmente encontró una puerta lateral, más pequeña, que estaba entreabierta. La empujó con cuidado, rezando para que no chirriara.

El interior del edificio estaba aún más oscuro que el exterior. Alba encendió de nuevo la linterna de su móvil, iluminando los pasillos silenciosos. El almacén estaba en el sótano, según recordaba. Bajó las escaleras con pasos ligeros, sintiendo cómo la tensión en su cuerpo aumentaba con cada paso.

Cuando llegó al sótano, el aire era más frío, y el olor a humedad llenaba el lugar. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de cajas y equipos viejos. Alba apuntó la linterna en todas direcciones, buscando algo que se pareciera a la máquina que había visto en el presente.

De repente, escuchó un ruido. Unos pasos.

Apagó la linterna de inmediato, quedándose quieta en la oscuridad. Su corazón latía con tanta fuerza que temía que el sonido pudiera delatarla. Los pasos se acercaban, resonando en el pasillo fuera del almacén. Alba se agachó detrás de una estantería, conteniendo la respiración. Por la rendija entre los estantes, vio pasar una figura: el guardia de seguridad.

El hombre caminaba lentamente, iluminando el pasillo con una linterna. Alba cerró los ojos, rezando para que no entrara en el almacén. Los segundos parecieron eternos. Finalmente, los pasos se alejaron, y el sonido se desvaneció.

Alba esperó unos minutos antes de encender de nuevo la linterna. No podía rendirse ahora.

Finalmente, después de buscar entre pilas de equipos viejos y olvidados, Alba la encontró: la máquina. Era más pequeña de lo que recordaba, pero no había duda de que era la misma. Emitía un leve zumbido, como si aún tuviera algo de energía, aunque no estaba conectada a nada.

Con manos temblorosas, Alba la levantó y la colocó sobre una mesa cercana. Sacó un enchufe que había traído en la mochila, rezando para que funcionara. Cuando conectó la máquina, los haces de energía azul comenzaron a aparecer, entrelazándose en el aire como si la estuvieran esperando.

Alba tragó saliva. Era ahora o nunca. Extendió la mano hacia los haces de luz, y en el momento en que los tocó, todo se desvaneció: el almacén, la universidad, el miedo. El mundo se convirtió en un torbellino de colores y sonidos, y Alba sintió que caía al vacío.

Alba abrió los ojos lentamente, sintiendo cómo un peso extraño se apoderaba de su cuerpo. Sus músculos estaban rígidos, y su mente, confusa, parecía un mar de niebla. No reconocía el lugar en el que estaba. Era un piso pequeño, con muebles desgastados y una decoración que resultaba

completamente ajena. El reloj digital en la pared marcaba las 10:17 de la mañana, pero lo que realmente llamó su atención fue el leve murmullo de una televisión encendida en el salón.

Se sentó en el borde de la cama, sintiendo un leve mareo. Su reflejo en el espejo del armario la dejó helada. Era ella, pero no era ella. Su rostro, marcado por arrugas y el paso del tiempo, no se parecía en nada al que recordaba. Su cabello, ahora canoso, caía en mechones desordenados sobre sus hombros. Intentó recordar cómo había llegado allí, pero su mente parecía un libro del que faltaban las páginas más importantes.

Se levantó con esfuerzo y caminó hacia la puerta. Al entrar al salón, vio a un hombre sentado en el sofá, con el mando de la televisión en una mano y un periódico en la otra. No sabía quién era, pero todo en él parecía familiar de una forma inquietante. Era un hombre mayor, de cabello ralo y barriga pronunciada, que apenas levantó la vista cuando ella entró. ¿Su pareja? La idea le resultó tan extraña como dolorosa.

—¿Otra vez llorando? —dijo el hombre sin mirarla, con un tono que denotaba impaciencia—. A ver si algún año dejas de llorar, Alba. Siempre estás igual.

Ella no había dicho nada, pero al escuchar esas palabras, sintió cómo las lágrimas comenzaban a rodar por sus mejillas. ¿Siempre lloraba? La frase resonó en su cabeza como un eco amargo. ¿Era esa su vida? ¿Una existencia de llantos y reproches? Miró al hombre, que seguía concentrado en el televisor, como si ella no importara lo suficiente como para prestarle atención.

Se dejó caer en una silla cercana y enterró el rostro entre las manos. No recordaba cómo había llegado allí. Su mente estaba llena de lagunas. Intentaba aferrarse a algún recuerdo, algo que le diera sentido a todo esto, pero lo único que le venía a la cabeza era un sentimiento de vacío.

No había hijos. No había alegría. No había vivido la vida que quería vivir.

Con el paso de los días, Alba comenzó a explorar el piso, intentando encontrar algo que le devolviera respuestas. Había fotografías enmarcadas en las paredes, pero ninguna de ellas le decía nada. En todas aparecía con el hombre del sofá, sonriendo en momentos que no lograba recordar. No había fotos de amigos, ni de familia, ni de nada que le recordara a Eva, Lucía o... Iván.

Ahí estaba ese nombre, enterrado en algún rincón de su memoria como un susurro lejano. Intentó concentrarse, pero no podía recordar exactamente quién era Iván. Era solo una sombra en su mente, un rostro borroso, un sentimiento que no lograba identificar. ¿Habían sido amigos? Sí, eso parecía. Pero... ¿por qué sentía que había sido más? ¿Por qué sentía que había perdido algo importante?

Con el tiempo, Alba aceptó que, más allá de esas vagas sensaciones, no podía recordar mucho de su pasado. Su memoria, erosionada por los años, se desmoronaba cada vez que intentaba reconstruir su vida. Lo único que sabía con

certeza era que esta vida no era la suya. No era la vida que había soñado. No era la vida que quería.

Dos años después, Alba se había acostumbrado a la monotonía de su existencia. Su pareja seguía siendo distante, incapaz de comprender su tristeza. Pero había algo que Alba no había dejado de hacer: pasear por la montaña. Era lo único que todavía le daba paz. Cada semana, se ponía sus viejas botas y caminaba por los senderos cercanos, respirando el aire fresco y recordando que, al menos en esos momentos, aún sentía algo parecido a la felicidad.

Una tarde, mientras caminaba por un sendero rodeado de árboles, sintió algo extraño. Una sensación familiar, como si alguien la estuviera observando. Se detuvo y giró la cabeza, pero no vio a nadie. Siguió caminando, con el corazón latiendo más rápido de lo normal. Y entonces, cuando llegó a un claro, sucedió.

Una mano cálida agarró la suya desde atrás. Alba se detuvo en seco, sintiendo una corriente eléctrica recorrer todo su cuerpo. Giró lentamente, con el corazón en la garganta. Y ahí estaba él.

Iván.

Era joven, mucho más joven de lo que recordaba. Tenía el cabello despeinado, las mismas facciones que alguna vez le resultaron tan familiares, y una mirada intensa que parecía atravesar el tiempo mismo. Era Iván, con 24 años. Alba sintió cómo las lágrimas le llenaban los ojos, pero esta vez no eran de

tristeza. Era algo más profundo, algo que no sabía cómo describir.

—Te he encontrado —dijo Iván, con una mezcla de alivio y urgencia en su voz—. Alba, no tenemos tiempo.

Ella no podía hablar. Apenas podía respirar. Su mente era un torbellino de emociones, recuerdos y confusión. ¿Cómo estaba él allí? ¿Cómo seguía tan joven?

—He estado todos los días en la montaña, buscándote —continuó Iván, apretando suavemente su mano—. Sabía que te encontraría aquí. Sabía que este era el único lugar donde podrías estar.

Alba intentó decir algo, pero las palabras no salían. Solo podía mirarlo, intentando comprender cómo era posible que estuviera allí, después de tantos años, después de todo lo que había pasado.

—Escucha —dijo Iván, inclinándose hacia ella—. No tenemos mucho tiempo antes de que la máquina deje de funcionar. Necesito saber dónde está. ¿Recuerdas dónde está la máquina del entrelazamiento temporal? Si la encontramos, podemos volver al pasado. Podemos arreglarlo todo.

La palabra "máquina" despertó algo en la mente de Alba, pero era como intentar agarrar humo. Quería recordar, pero su memoria era un muro impenetrable. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, y negó con la cabeza.

—No... no lo sé —susurró, con la voz rota—. No lo recuerdo...

Iván la miró con desesperación. Sus ojos, llenos de determinación, ahora parecían a punto de quebrarse.

—¡Alba, por favor! —gritó, apretando ambas manos sobre las suyas—. ¡Piensa! ¡Tienes que recordar! ¡Es nuestra única oportunidad!

Pero Alba no podía. Las lágrimas caían sin control, y su mente seguía siendo un mar de niebla. Quería ayudarlo, quería recordar, pero simplemente no podía.

Iván la miró por última vez, con una mezcla de tristeza y amor en los ojos. Y entonces, antes de que pudiera decir algo más, el mundo comenzó a desvanecerse a su alrededor. Ambos desaparecieron, envueltos en un destello de luz.

Alba solo alcanzó a susurrar una palabra antes de que todo se desvaneciera:

—Iván...